

EL ESTADO SOCIAL Y EL CIUDADANO

Pedro Francisco Gago Guerrero

Difusión Jurídica, Madrid, 2013, 345 páginas

El estudio de Filosofía Política *El Estado Social y el Ciudadano* es un *status quaestionis* que analiza lo que posiblemente son los elementos dominantes de la Civilización Occidental, recurriendo a la historia del pensamiento para comparar las principales ideas actuales con su sentido primigenio, del que se han distanciado sea a consecuencia de una adaptación a un mundo con cambios muy rápidos o por la degradación que han sufrido a lo largo del tiempo.

Entre algunos de los temas desarrollados, el autor ha expuesto las causas por las que se ha producido la desfiguración de los conceptos clave de la Sociedad y del Estado Social. En su opinión, se ha establecido el formalismo como el poder de lo aparente, en el cual casi nadie cree, aunque todos, incluidos los antisistema, formen parte de la corrección política y social, porque cuenta, en la mitificada democracia, con los instrumentos necesarios para imponer situaciones. Dentro del sistema, el Estado, al que califica de aparato sin espíritu, formado por un conjunto de organizaciones con un movimiento desigual, se ha convertido en un medio fundamental para la vida humana, dentro del cual se le han incrustado unos contenidos ideológicos que extiende por toda la sociedad y que, al estar degradados por fracasar en sus propuestas, es la mayor fuerza nihilista para abolir a la persona, de manera especial su conciencia. El autor defiende que el totalitarismo suave sería una versión más perfeccionada de los totalitarismos del siglo XX. La politicidad del democratismo no es más que una nueva imposición de los poderes oligárquicos sobre la pobla-

ción. Su fin, claramente regresivo, no sólo consiste en manejar las conciencias a su conveniencia, como pretendieron el totalitarismo comunista y nacionalsocialista, sino eliminar la propia conciencia, de modo que se transforme el individuo, en realidad sujeto divisible, en un organismo biológico, ya que habrá de entregar su espíritu a la maquinaria de fuerza que procede de la creación ideológica.

El profesor Gago sostiene que todos los colectivismos confluyeron en el deseo de que apareciera el *homo nuovo*, desprendido de cualquier raíz, que llegaría a perder la identidad colectiva, de la que en buena parte brotaría su personalidad. En relación a ello parecía indispensable destruir cualquier rasgo que se relacione con lo constituido en el pasado. Lo que explica que la base del sistema sea el nihilismo, que penetra en la persona profundamente, a la vez que conserva las apariencias como una institucionalización de la mentira.

Del colectivismo surgió principalmente la estrategia de dañar a la persona, a la familia, a las comunidades, a la patria, etc., siendo los resultados muy positivos para los exterminadores de la vida. De forma aparentemente aterciopelada, el artificio generado por la ingeniería social logrará acabar definitivamente con el orden natural. En el largo proceso, ha ayudado la aparición del antropocentrismo. Asumido con el transcurso del tiempo como un endiosamiento del hombre –Dios es el hombre–, derivará hacia la mitología de los sistemas, por lo que llegará a ser esclavo de un conjunto de cosas, formas, instituciones, etc., hasta el punto de desprenderle de sí mis-

mo en cuanto espíritu. Se entiende que algunos antropólogos progresistas coloquen dentro del reino animal al ser humano, que pasaría a ser una categoría zoológica más. A este animal, potencialmente racional, el institucionalismo ideologizado colectivista le obligará a adaptarse a un organizacionismo a cambio de darle la libertad de que pueda dirigirse en busca del placer sin interrupciones. La inteligencia humana sumida en un mecanicismo tecnificado no podrá ser responsable, porque todo el formalismo se explota «como conjunto y sucesión de procedimientos, pero que carece de ideas, obligando a seguir actuaciones y conductas para un fin colectivo, que, por lo demás, no existe» (pág. 343).

Es posible que las ideas que definen de Pedro Gago formen parte de un pensamiento pesimista, ajeno por completo a la Ley del Progreso. Desconfía que la decadente civilización implantando el universalismo y el género sea capaz de dar la

solución a los problemas substanciales. Entiende que el motivo se deba a que el individuo, al formar parte de unas coordenadas que asume sin comprenderlas, sea incapaz de llevar una vida auténtica. De modo que sin posibilidad de ubicarse, ni enraizarse en la tierra y en la comunidad, será un sujeto amorfo, apenas ciudadano. El único recurso universal para que el hombre pudiera meterse en la vitalidad de un transcurrir consciente y responsable, vendría de la religión católica, recuperando la conciencia del ser dual y trascendente que su condición le obliga a una constante purificación a partir del bien, en un proceso de perfectibilidad. Pero, ¿cómo se puede defender la dignidad intrínseca del ser humano asumiendo que sólo tiene una existencia material e intrascendente lanzado en pos de la formación de una politicidad universal?

Juan Antonio MARTÍNEZ